

VII.

El gabinete de Margarita

No quisiéramos que se nos acusase de pintar solamente festones y astrágalos, de manera que el lector no pueda salir del jardín; pero según es el amo así es la casa, y si no ha sido inútil el pintar la alameda de los Tres mil pasos y el gabinete de Enrique, tampoco lo será el describir el de Margarita.

Paralelo al de Enrique, con puertas de escape que comunicaban con piezas y pasadizos, ventanas

complacientes y mudas, como las puertas, cerradas con celosías de hierro y cerraduras en las que jiraban llaves sin hacer el menor ruido, hé aquí el exterior del gabinete de Margarita.

En el interior, muebles modernos, alfombras de un gusto adecuado á la moda del tiempo, cuadros, esmaltes, rica porcelana, armas de mucho precio, libros y manuscritos griegos, latinos y franceses que llenaban todas las mesas, diversidad de pájaros en sus jaulas, perros sobre las alfombras, un mundo entero, en fin, viviendo en común con Margarita.

Las personas dotadas de gran talento ó de una vida superabundante no pueden marchar solas en la existencia, acompañan á cada uno de sus sentidos, á cada una de sus inclinaciones, de cualquiera cosa en armonía con ellas, y á la que su fuerza atractiva arrastre en su propio torbellino, de suerte que en lugar de haber vivido y sentido como el común de las gentes, han duplicado sus sensaciones y duplicado su existencia.

Ciertamente Epicuro es un héroe para la humanidad: los mismos paganos no lo comprendieron; era un filósofo severo, pero que á fuerza de querer que nada se perdiese en la suma de nuestros resor-

tes y de nuestros recursos, proporcionaba en su inflexible economía placeres á cualquiera que, obrando en todo espiritual ó bestialmente, no hubiese percibido más que privaciones ó dolores.

Mucho han declamado contra Epicuro sin conocerle, y mucho le han elogiado sin conocerle también, esos piadosos solitarios de la Tebaida que destruían lo hermoso de la naturaleza humana, neutralizando lo feo. Matar al hombre es matar también con él las pasiones, — esto es indudable, — pero al fin es matar, cosa que Dios prohíbe con todas sus fuerzas y con todas sus leyes.

La reina era capaz de comprender á Epicuro, y sobre todo en griego, lo que era el menor de sus méritos; ocupaba tan bien su vida, que con mil dolores sabía componer un placer, lo que, á fuer de buena cristiana, le daba ocasión de bendecir á Dios con más frecuencia que cualquiera otro, bien se llamase Dios ó Teos, Jehová ó Magod.

Toda esta digresión prueba tan claramente como la luz del día la necesidad que tenemos de describir las habitaciones de Margarita.

Chicot fué invitado á sentarse en un hermoso y elegante sillón de tapicería que representaba un

Amor esparciendo una nube de flores; un paje, — que no era Aubiac, pero sí más hermoso y más ricamente vestido, — presentó á Chicot nuevos refrigerios.

Chicot no aceptó, y cuando se retiró el conde de Turena, se puso á recitar con imperturbable memoria la carta del rey de Francia y de Polonia por la gracia de Dios.

Ya conocemos esta carta, que hemos leído en francés al mismo tiempo que Chicot, y por lo mismo consideramos inútil dar su traducción latina.

Chicot transmitía esta traducción con el más extraño acento que podía, con el fin de que la reina la comprendiese lo más tarde posible, pero por muy hábil que fuese en disimular su propia obra, Margarita cogía las palabras al vuelo y no procuraba de modo alguno ocultar su furor é indignación.

Á medida que avanzaba en el relato de la carta, Chicot se engolfaba más y más en el laberinto que él mismo se había creado: al llegar á ciertos pasajes escabrosos bajaba la cabeza, como el confesor cuando se avergüenza de lo que oye, sacando notables ventajas de este juego fisonómico, pues le per-

mitía no ver cómo brillaban los ojos de la reina y se crispaban sus nervios á cada enunciación positiva de sus faltas conyugales.

Margarita conocía la refinada malicia de su hermano, pues hartas ocasiones había tenido de experimentarla; tampoco ignoraba (pues no era mujer capaz de disimularse nada á sí misma) á qué atenerse en cuanto á los pretextos de que hasta allí había echado mano, y á los que todavía podría apelar; así, pues, conforme Chicot iba relatando, se establecía en su ánimo una balanza entre la cólera legítima y el temor razonable.

Indignarse á tiempo, desconfiar á propósito, evitar el peligro desechando la compasión, probar la injusticia, aprovechándose del aviso... hé aquí el gran trabajo de la imaginación de Margarita, en tanto que Chicot proseguía su narración epistolar.

No debe creerse por eso que el mensajero permanecía constantemente con la cabeza baja; abría de vez en cuando un ojo, después el otro, y entonces se tranquilizaba notando que la reina, al verse observada escrupulosamente, tomaba á buenas su partido.

Al fin acabó de pronunciar las últimas frases de la real misiva.

— ¡ Por la santísima comunión ! — dijo la reina, — mi hermano escribe perfectamente en latín. ¡ Qué vehemencia ! ¡ Qué estilo ! Nunca le hubiera creído tan adelantado.

Chicot hizo un movimiento con los ojos y abrió las manos como hombre que no entiende lo que se le dice, aunque lo aprueba por cortesía.

— ¿ No me entendéis ? — le preguntó la reina, á la que eran familiares todos los idiomas, y aun el mimico : — sin embargo, yo os tenía por muy buen latino.

— Todo lo he olvidado, señora. — respondió Chicot, — y lo único que sé, lo único que conservo de mi antigua ciencia, consiste en no ignorar que el latín no tiene artículos, que abunda en vocativos, y que la palabra *cabeza* pertenece al género neutro.

— ¿ De veras ? — exclamó alegre y bulliciosamente un tercer personaje que se presentó de improviso en el gabinete.

Era el rey de Navarra.

Chicot y la reina se volvieron hacia él casi al mismo tiempo.

— ¡ Cómo ! — prosiguió Enrique acercándose á ellos. — ¿ Conque *cabeza* pertenece al género neutro, señor Chicot ? ¡ Y por qué no pertenece al masculino ?

— ¡ Por Dios, señor, que no lo sé ! — exclamó Chicot, — aunque lo extraño tanto como V. M.

— Yo también, — añadió Margarita no poco pensativa.

— Eso debe consistir, — repuso el rey, — en que tan pronto es amo el hombre como la mujer, lo cual se verifica con arreglo al temperamento de la mujer y del hombre.

Chicot le saludó diciendo :

— Al menos, señor, esa es la mejor razón que puede darse.

— Tanto mejor, pues veo con gusto que soy un filósofo más profundo de lo que imaginaba. Volvamos ahora á la carta. Sabed, señora, que tengo vivísimos deseos de adquirir noticias de la corte de Francia, y hé aquí justamente el señor Chicot que debe traerlas muy frescas en un idioma desconocido. A no ser así...

— ¿Qué?... — preguntó Margarita.

— Á no ser así, me fastidiaría completamente. Ya sabéis lo mucho que me gustan las noticias escandalosas, como sabe contarlas mi hermano Enrique de Valois.

Y Enrique de Navarra se sentó restregándose las manos.

— Veamos, señor Chicot, — añadió en seguida como hombre que se prepara á pasar un buen rato :

— supongo que habéis relatado á mi esposa esa famosa epístola.

— Sí, señor.

— Ea, pues, amiga mía, decidme algo de lo que contiene.

— ¿Y no teméis, — dijo Chicot con una libertad de que le daban ejemplo aquellos esposos coronados, — que el latin en que está escrita la carta sea de mal agüero ?

— ¿ Por qué ? — preguntó el rey.

— Y volviéndose hacia la reina prosiguió :

— ¿ Qué decís, señora ?

Margarita recapacitó un instante, como si comentase una por una todas las frases que habían salido de la boca de Chicot.

— Tiene razón nuestro mensajero, señor, — contestó después de concluir su examen y tomar su partido ; — el latin es mal pronóstico.

— ¿ Pues qué ! — exclamó Enrique. — ¿ Puede encerrar esa deseada carta malévolos propósitos ? No olvidéis, amiga mía, que el rey vuestro hermano es un curial muy político y muy mirado.

— ¿ Aun cuando haya permitido que me insulten en mi litera, como sucedió á algunas leguas de Sens, cuando salí de París para reunirme con vos ?

— Vuestro hermano tiene costumbres tan severas... — respondió Enrique con aquel tono indefinible que guardaba un justo medio entre la seriedad y la chanza : — es tan rey vuestro hermano... es tan puntilloso...

— Debe serlo para conservar el honor de su hermana y de su casa, porque en fin, señor, me parece que si vuestra hermana Catalina de Albret diese el menor escándalo, no lo haríais publicar por medio de un capitán de guardias.

— ¿ Oh ! Yo soy un ciudadano patriarcal y benigno, — dijo Enrique ; — yo ño soy rey, ó si lo soy solo quiero divertirme, y por Dios que me divierto bien ; pero de todos modos, la carta, la carta ; quiero

saber su contenido, ya que á mi viene dirigida.

— Es un escrito péfido, señor.

— ¡ Bah !

— Sí, sí; y contiene más calumnias que las que se necesitan para indisponer, no sólo á una mujer con su esposo, sino á un amigo con todos sus amigos.

— ¡ Oh ! ¡ oh ! — murmuró Enrique incorporándose y cubriendo su rostro, naturalmente franco y abierto, de una nube afectada de desconfianza: — indisponer á una mujer con su marido... ¿ Tal vez á vos conmigo ?

— Sí, señor.

— ¡ Y cómo así, amiga mía ?

Chicot estaba sobre ascuas, y hubiera dado cualquiera cosa por irse á acostar sin cenar, aunque tenía mucho apetito.

— Va á reventar la nube, — decía entre dientes; — va á reventar.

— Señor, dijo Margarita, — siento en el alma que V. M. haya olvidado el latín que sin duda aprendió.

— De todo el que aprendí solo recuerdo esta oración: *Deus est virtus aterna*, mezcla singular de masculino, de femenino y de neutro, que mi profe-

sor solo acertó á explicarme por medio del griego, que entendía yo mucho menos que el latín.

— Si lo comprendiérais, veríais en la carta buenas cosas.

— Perfectamente, — dijo el rey.

— *Optime*, — añadió Chicot.

— Pero, ¿ por qué nos han de indisponer esas cosas, señora ? Porque al fin, mientras mi hermano Enrique solo ós dirija cumplimientos, seré de su mismo parecer. Si en esa carta se hablase mal de vos, eso ya sería otra cosa, y entendería la política de mi hermano.

— ¿ Con que entenderíais su política si se hablase mal de mí ?

— Sí, pues tiene para indisponernos motivos que yo conozco.

— Sabed pues, señor, que sus cumplimientos son un exordio insinuante para llegar á acusaciones calumniosas contra vuestros amigos y los míos.

Después de pronunciar tan atrevidas palabras, Margarita esperó con resolución un mentís.

Chicot bajó la cabeza y Enrique se encogió de hombros.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFRANCO REYES"
1943, 1928 MONTERREY, MEXICO

— Reparad primero, — dijo, — si efectivamente descubre esa intención la carta de vuestro hermano ; no sea que en esta ocasión hayáis comprendido mal el latín.

Por mucha que fuese la suavidad con que Enrique pronunció estas palabras, la reina de Navarra le dirigió una mirada llena de desconfianza.

— Aguardad hasta el fin, señor, — le dijo Margarita.

— Es lo único que deseo, y pongo por testigo á Dios.

— Veamos, ¿tenéis ó no tenéis necesidad de vuestros servidores ?

— ¡ Si tengo necesidad ! ... ¡ Vaya una pregunta ! ¿ Qué haría yo sin ellos y reducido á mis propias fuerzas ?

— Pues bien, señor ; el rey quiere separaros de ellos.

— Le desafío á que lo haga.

— ¡ Bravo, señor ! — murmuró Chicot.

— Esto es natural, — repuso Enrique con aquella benevolencia que le era habitual, y que á tantos engañó durante la vida del Bearnés ; — mis ser-

vidores me son adictos de corazón, y no por interés, pues nada puedo darles.

— Les dais vuestro afecto y vuestra fe, señor, y esa es la mejor recompensa que otorga un rey á sus amigos, — dijo Margarita.

— Es verdad, amiga mía.

— Pues bien, desconfiad de ellos.

— ¡ Ira de Dios ; Desconfiaré, si me dan motivo para que lo haga.

— Se os probará que os lo dan.

— Pero ¿ cómo ?

Chicot bajó de nuevo la cabeza, según su costumbre en los momentos comprometidos.

— No puedo contaros eso, señor, — respondió Margarita, — sin comprometer...

Y miró al decir esto en torno suyo.

Chicot conoció que estorbaba y se levantó.

— Querido mensajero, — le dijo el rey, — tened la bondad de esperarme en mi gabinete, pues la reina tiene alguna cosa particular que poner en mi conocimiento, la cual, según veo, debe ser importante á mi servicio.

Margarita permaneció inmóvil, y solo hizo un

ligero movimiento de cabeza que Chicot creyó haber visto exclusivamente.

Seguro, pues, de que retirándose daría gusto á los regios esposos, salió del gabinete después de dirigir á los dos un solo saludo respetuoso.

VIII

Composición en lugar de versión.

El alejar aquel testigo á quien Margarita suponía más instruido en el latin que lo que confesaba él mismo, era ya un triunfo ó por lo menos una prenda de seguridad para ella; pues, como ya hemos dicho, Margarita no creía que Chicot fuese tan lego como quería aparentar, mientras que, sola con su marido, podía dar á cada palabra mucha más extensión que todos los escolásticos acabados en *us* habían dado á Plauto ó á Peseo, estos grandes enigmas en grandes versos del mundo latino.